

METÁFORAS Y ESCENAS MATERNAS DEL CASTELLANO HISPANOAMERICANO DEL SIGLO XIX

Cecilia Sánchez

1. Políticas de la lengua hispanoamericana

Sobre la base de una *perspectiva escénica* que permite invocar una memoria simbólica de las marcas o elementos negados por la recepción de los discursos civilizadores modernos, me interesa referirme a las categorías en juego en la discusión acerca de la formación de una fisurada comunidad de la lengua en Hispano América durante el siglo XIX y el primer tercio del XX. De acuerdo a las políticas que comenzaron a figurar al momento de la instalación republicana de los estados-nación, pensadores como Simón Rodríguez, Andrés Bello y José Martí, entre varios otros, proponen revisiones de la lengua para propiciar intercambios comunicativos en función de un *socius* interiorizado de marcas o signos colectivos. El propósito de las nuevas consideraciones acerca de una lengua a la que se le exige ser representativa en el orden del discurso, es el de racionalizar las interpelaciones cívicas, públicas y privadas.¹

Se trata de la refundación de una comunidad que se quiere autónoma del poder español y de sus relaciones estamentales. En su momento barroco, el poder español se constituyó en un centro que se abandonaba al libre albedrío de movimientos protegidos por la gracia divina. El equivalente barroco de aquél en el orden del lenguaje, apelaba a la reiteración de marcas enigmáticas y ornamentales. Por el contrario, el nuevo poder se apoya en una identidad republicana cuyo ideal liberal de comunicación privilegia los intercambios políticos en función de los económicos; de allí los correctivos de los elementos ornamentales o de uso regional que amenazan la claridad de los intercambios mencionados.

La lengua republicana busca proyectar una forma de *fraternidad* bajo la metáfora del *amor materno* a modo de encarnar el *amor mutuo*. En vez de los vínculos del linaje y la cercanía del cara a cara, el imperativo es realzar el *parentesco de los connacionales*, quienes pasan a formar parte de una trama elaborada por discursos escritos, generados por la principal máquina de elaboración de textos

¹ La fundación de una comunidad de la lengua en el contexto de la conformación moderna de los estados-nación entiende a la *lengua* como un *origen ficticio* de identidad y de vínculo entre quienes conviven en un espacio conformado por la palabra y el habla. Este aspecto es aludido por Etienne Balibar en el capítulo, "La forma nación: historia e ideología", en *Raza, nación y clase*, escrito en colaboración con Emmanuel Wallerstein, Madrid, Iepala, 1991.

prescriptivos y performativos que es el Estado. Desde el nuevo ordenamiento lingüístico, todo acento extranjero, dicción o marca regional, de clase o de género; designa lugares y corporalidades no universales.

En el contexto nacional y continental la voluntad de tal fundación es *racionalizadora* (en el sentido de “civilizar”)², conforme a concepciones modernas de la filosofía y de la literatura que fundan la individualidad en interpelaciones representativas de discursos que aseguran designaciones unívocas. Las más leídas serán las corrientes anglo-francesas que, como el sensualismo, el eclecticismo, el positivismo y el modernismo; trasforman el lenguaje en *función*, en vehículo de verdades, esquivando la opacidad de presencias o figuras trópicas que no posean la condición de ser *ideas*, asociadas a palabras cuyos mecanismos permiten la circulación de signos lingüísticos y monetarios. Como se dijo, el propósito es independizar a la lengua del castellano de España, aunque se reconozca a éste como una *herencia* que le da sentido al nombre “Hispanoamérica”. Posteriormente, de “hispana” pasa a denominarse “latina” en el contexto de las ideas francesas de latinidad³.

Términos como los de “nación”, “clase”, “pueblo”, entre otros; son categorías convocadas por los nuevos estados nacionales a modo de implantación del logos androcéntrico del pensamiento europeo clásico (se habla en términos de un *homo* a-sexuado que engloba a la humanidad). La finalidad política de tal implantación es controlar la irracionalidad antimoderna y barroca del mundo colonizado por España. Ante todo, se proponen occidentalizar los *tropos* del habla popular, precolombina y femenina. Cabe apreciar en este punto la observación de Santiago Castro-Gómez acerca de las categorías subjetivadoras modernas, especialmente las nociones “Hombre” “clase” y “pueblo” son figuras productoras de sentidos *a priori* que, por su trascendentalismo, invisibilizan los problemas relativos al sexo, la raza, el idioma y las etnias⁴. Algunas de las pequeñas historias y signos que aquellos conceptos borrarían son, en parte, las que invocaré en este

² Ver Cecilia Sánchez, “El surgimiento de los Estados-nación y las políticas pedagógicas como herramientas de integración social y de control en Iberoamérica en el siglo XIX”, en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Trotta, 2000. “Civilizar” se entiende como adaptación a las exigencias homogenizadoras de la nueva sociedad nacionalizada. Planteada en términos de adaptación, la nueva socialización desarrollada por la escolarización deja de lado la autonomización del ciudadano, según el sentido que le dan los pensadores de la ilustración al fundamento de la república, p.111.

³ Miguel Rojas Mix señala que la “hispanoamericanidad” se define en los comienzos del siglo XIX por el único vínculo importante dejado por la dominación española: la lengua. La cultura hispánica se basa en el amor por el idioma. La posterior denominación de “latina” es más ideológica Ver *Los cien nombres de América*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997, p.64.

⁴ Ver *Crítica de la razón latinoamericana*, Barcelona, Puvill-Editor, 1996, p.148.

texto en su condición de *escenas*, para lo cual tomaré en cuenta algunas de las apreciaciones acerca de lo “heterogéneo”. En el contexto discursivo de la economía del progreso, la heterogeneidad aparece como réplica contrahegemónica, preracional y anti-europea. Mabel Moraña menciona este término respecto del trabajo crítico de Angel Rama⁵.

En relación al debate sobre la lengua, apreciaré las modalidades bajo las cuales se buscó construir o restituir *formas de filiación* en torno de un simbólico *cuerpo materno*, el que fue entendido de modo doble, según se insista en la incorporación de *prótesis* correctivas o de *recuperación* de los elementos y tropos excluidos.

Bajo esta doble modalidad, se propició la construcción o refundación de un castellano que buscó ser *hispanoamericano*, en la medida en que se propicia la *integración fraterna* del continente, a la par que la *apertura* al intercambio internacional de sus signos. Tal especificidad es la que me permite apreciar las escenas que exhiben marcas textuales que apelan a signos como el de *madre* y el de *cuerpo*. La noción simbólica de *cuerpo* es aludida en el plano de la lengua por los autores mencionados mediante operaciones *idiomáticas* (contexto cultural del significado), *gramaticales* (sintaxis de representación discursiva) y de *estilo* (uso de tropos retóricos que impacten en el entendimiento y en la sensibilidad del interlocutor).

Andrés Bello, Simón Rodríguez y José Martí, serán quienes entablan una relación compleja con lo que milenariamente ha sido apreciado en términos de “maldición” (en el sentido de la maldición bíblica): la “babelización” (Bello) o “algarabía” (Rodríguez) y sus despliegues en la historia cultural de la así llamada Hispanoamérica.

Dicha *maldición* se asoció con una *apertura “al”* o “lo Otro”, cuyo emblema simbólico es aquella “figura de intercambio” que fue la célebre y odiada *Malinche/Doña Marina*, quien se somete a las ideas del conquistador en su calidad de intérprete, posibilitando con sus traducciones que la conquista recibiera también el nombre de mestizaje⁶. Su doble nombre es síntoma de haber sido portadora de la mezcla y de la *traición* a un supuesto origen unívoco y pleno⁷. Aquí es importante notar cómo las mujeres aún no constituyen parte del espacio público, pero son referentes para denotar el error y el desorden.

⁵ Ver Mabel Moraña, “Ideología de la transculturalización”, *En Angel Rama y los estudios latinoamericanos*, Mabel Moraña ed., Pittsburgh, Serie Críticas, 1997, p.139.

⁶ Jean Franco subraya la violencia que esta simbolización implicó. Ver “La Malinche: de don a contrato sexual”, en *Marcar diferencias, cruzar fronteras*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1996.

⁷ Ver Octavio Paz, “Los hijos de la Malinche”, en *El laberinto de la soledad*. Posdata. Vuelta a el laberinto de la soledad, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Bello y Rodríguez se resisten a la fragmentación o "corrupción" de la lengua hispano-castellana, según ocurrió durante el imperio romano con el latín, en España con las lenguas romances y en general en Europa con sus lenguas nacionales. No obstante coincidir en depurar la gramática castellana según los principios de una comunicabilidad racional homogénea proveniente de la modernidad política y económica del pensamiento europeo del siglo XVIII, Bello (eclectico y empirista) y Rodríguez (sensualista ilustrado) emprenden rutas divergentes para purgar los desvíos del castellano. No concuerdan en sus propuestas de "fijación" para colectivizarlo y "vivificarlo", pero ninguno de los dos duda de la necesidad de darle a los estados nacientes una civilidad *letrada* normativizada.⁸

Como contrapunto de las tendencias modernizadoras, la poesía de fines del siglo XIX se propone recuperar giros regionales y los resignifica en términos de *lengua madre natal*. Paradojalmente, la lengua nacional pasa a ser ahora la espontánea y no la normativizada. La postura de José Martí media entre ambas cuando plantea que "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza" (José Martí, *Nuestra América*, publicada por primera vez en 1891).

Bajo el cometido de confrontarse con la *fraternidad estatal*, se intenta recuperar las lenguas antes rechazadas por las gramática *letradas*, atendiendo a flujos heterogéneos cruzados por temporalidades antes negadas. Martí trabaja aquella heterogeneidad en su escritura poética y en sus ensayos políticos para abrir espacios de enunciación que superen algunos de los límites de la ideología republicana que enmudece a quienes inicialmente fueron rotulados de "bárbaros". Pese a tal apertura, las mujeres todavía no forman parte de la fraternidad aludida.

Uno de los contramodernos que figura en el centro de esta emergencia es el poeta José Hernández, quien escribe *Martín Fierro* (1872) desde el lugar del habla incivilizada, tan temida por los gramáticos y por el nuevo Estado. El poema de Hernández representó un intento de legitimación de la lengua popular que en Argentina llegó a consagrarse como un emblema de la lengua nacional. Se trata de un poema gauchesco cuyas estrofas comportan rudos modismos y términos dialectales que, pareciendo lengua nacional autóctona, a juicio de Unamuno, serían de proveniencia española. Ese gaucho cuya vida se gasta en huir de las autoridades, de su ley, que no se educa en la escuela y le teme a la civilización,

⁸ En *La ciudad letrada*, Ángel Rama historiza la relación entre el poder y la letra en América Latina a partir del concepto de *letrado*, referido a "un grupo social especializado" al cual se le encomiendan la administración del poder colonial metropolitano. Posteriormente, el espacio de la letra pública se va desarrollando como el lugar donde se negocia "la formación, composición y definición de la nación". Ver Ángel Rama, *La Ciudad Letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p.23.

habría llegado con los aventureros españoles, quienes introducen el romance popular todavía en uso en ciertos lugares de España⁹.

Pese a su adhesión por *Martín Fierro*, Borges tomará distancia ante tal consagración de lo popular de corte gauchesco, asegurando que no es posible igualar -a nivel del lenguaje- la poesía popular y la gauchesca. Esta última sería tan “artificial” como cualquier construcción letrada, en la medida en que busca en las palabras nativas una profusión de color local de modo consciente. La popular, en cambio, “no ensaya”¹⁰.

Además del gaucho y del poeta popular, las mujeres fueron apreciadas como sujetos divididos entre dos hablas: la privada doméstica y la pública. Dicha situación las instaló en una curiosa mezcla de lengua bárbara y letrada. El ingreso a lo público era mediado por la relación con los hombres de la esfera pública: padre, esposo, hermano o pariente. En el contexto de tal fractura, cabría recordar un tipo de escritura ejercido en la colonia por mujeres que se alejaban del iletrado espacio doméstico e ingresaban en la institución religiosa como monjas. Sus relatos autobiográficos se encuadraban en el modelo de la confesión, cuyos rasgos de feminidad se expresan en un estilo de discurso “rustico” y “doméstico” que en ese momento el espacio público desvalorizaba, pues tal acceso a la letra pasaba por la “desfeminización” tanto de las mujeres como de los amerindios que aspiraran entrar en él¹¹.

En Chile, la aparición de Gabriela Mistral recién posibilita un tipo de palabra enunciativa desde un cuerpo de mujer. Esta nueva presencia en cierto modo triza la prefiguración del ideal patriarcal de los Padres de la Patria. La inversión de Gabriela Mistral a la ley logocéntrica del padre es señalada por Patricio Marchant en términos de una escritura puesta bajo la ley de lo que nomina “hystero-centrismo”; es decir, “del sentido de las cosas como sentido maternal”¹². Esta oposición a la ley del padre, sin embargo, no la supera, sólo la invierte.

2. Apelación a la economía. Un doble cuerpo materno /

La construcción lingüística del Estado-nación renegará de un simple nacionalismo

⁹ Ver Miguel de Unamuno, “El gaucho Martín Fierro. Poema gauchesco de don José Hernández”, en *La raza y la lengua, Obras Completas*, Tomo IV, Escelicer, 1966.

¹⁰ Ver de Jorge Luis Borges, “El escritor argentino y la tradición”, en *Discusión, Obras Completas I*, Barcelona, Emecé, 1999, p.268.

¹¹ Ver de Adriana Valdés, “El espacio literario de la mujer en la colonia”, en *América Latina. Palabra, literatura e cultura, A situação Colonial*, volumen I, organizadora Ana Pizarro, 1993.

¹² Ver “El árbol como madre arcaica en la poesía de Gabriela Mistral”, en *Escritura y temblor*, Santiago de Chile, Cuarto propio, 2000, p.124.

y apelará a un curioso parentesco o vínculo “fraternal” de “hermanos” pertenecientes a la unidad de Hispano-América. Andrés Bello señala en su *Gramática*, “Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América” (p.11). Esta forma de filiación reúne a todos quienes comparten una misma lengua o “lengua materna”. Curiosamente, se invoca el vínculo madre/hijo(a), aparentemente el más “natural” de todos, pese a que las sociedades modernas articulan dicho lazo desde el Estado, mediante preceptos normativos que posteriormente habrán de ser escolarizados para su completa incorporación.

La forma de administración de la lengua ciudadana es estatal y pasa a confrontarse con la lengua materna que viene del “suelo” y de la “sangre”: la “lengualeche” es el nombre que emplea Garcilazo (Jorge Guzmán se refiere a este término en su libro, *Contra el secreto profesional. Lectura mestiza de Cesar Vallejos*, 1991). Esta *madre bárbara* o *natal* es la que circula de boca en boca cuyo rumor se enciende al “calor del fogón” (así aparece en el *Facundo* de Sarmiento). Juan de Valdés, cuando habla de las propiedades de la lengua castellana, aconseja considerar los refranes nacidos del vulgo; aquellos “nacidos y criados entre viejas tras del fuego, hilando sus ruecas”¹³.

En el marco de esta unificación fraterna de corte nacional, se escenifica la confrontación entre las dos lenguas maternas. Por una parte, los gramáticos postulan la construcción de una lengua letrada o racional, especialmente Bello y Rodríguez; pero, por otro lado, la lengua bárbara acecha en las obras de Sarmiento, Hernández, Martí y Mistral, entre otros. La madre iletrada reúne elementos de un habla india y elementos de dialectos sin fijeza del romance español. Rodolfo Lenz menciona la influencia de la lengua india través de la madre (aunque fuese española), de criadas y nodrizas indias.

Para referirse a la lengua materna, Bello toma partido por un “hablar correcto”, articulado en su libro *Gramática* en virtud del “buen uso” de la gente educada, quienes mantienen la regularidad de un “cuerpo” (lengua) uniforme en sus funciones, aunque no idéntico en sus elementos. Su exigencia se sustenta en el trabajo del letrado (poeta o prosista) que posee el “arte” para “fijar” un uso debido a fin de establecer un parentesco lingüístico homogéneo en Hispanoamérica.

La literatura, entendida desde la impronta neoclásica de las bellas letras, tendrá la misión de “pulir las costumbres” y “afinar el leguaje”; ello para que el entendimiento sea un punto de llegada. En el discurso de instalación de la Universidad de Chile, Bello enfatiza la importancia de la *fraternidad* de la lengua, para establecer *vínculos mercantiles* entre pueblos, intercambio que puede romperse con las jerigonzas y dialectos, “dado que la lengua es uno de los poderosos

¹³ Ver Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, p.15.

instrumentos de correspondencia y comercio".¹⁴ La confianza en la función de correspondencia entre signos comunicacionales y económicos, revela que este es gran medida el fundamento de las correcciones gramaticales, cuyo trasfondo sigue siendo el viejo problema filosófico de lo uno y lo múltiple.

La escena de la disputa por el cuerpo de la madre-lengua intenta ser abolida por parte de Rodríguez de modo ortográfico, con el propósito de suprimir la rígida oposición establecida por algunos de los participantes en este debate. Uno de sus recursos es aproximar la "entonación" a la "notación" y fundar la *comunicación social* en el espacio común de una *página de papel*. Si bien el gesto de Rodríguez contiene el empirismo reformador de Locke, también supone un residuo de escritura no empírico instalado en el corazón mismo del habla fonética al intentar recuperar su significado lógico de modo gráfico para darle legitimidad en el plano social.

La mayoría de sus escritos evidencian su pericia de tipógrafo, la que combinó con sus intereses pedagógicos y estéticos. La página de una *hoja de papel* cobra para él la dimensión de un *escenario* en el que resaltan letras de distintos tamaños y tipos, cuyo propósito es el énfasis de conceptos e ideas. A tal recurso logográfico lo llamó el "arte de pintar las ideas". Es el estilo de escritura que exhibe en su libro *Sociedades Americanas* (1828). Quien lo lea apreciará en ese grafismo algunos rasgos en extremo extravagantes para la época. En la primera página del libro citado, el mismo le adelanta al lector con dejo irónico que su proyecto le parecerá "EXÓTICO" como "EXTRAÑA" su ortografía, ante el temor de excitar su "RISA" o "DESPRECIO" se defiende con un humor gráfico que anticipa el cómic, anotando en letras minúsculas un refrán que decide escribir en francés en vez de hacerlo en latín: "rira bien qui rira le dernier"¹⁵.

3. Corporalidad de la lengua. Idiomática, ortografía denotativa y estilo/

Sobre la base de la formación de una comunidad de la lengua hispanoamericana, es necesario aproximarse ahora a un aspecto que se le superpone y comporta delicadas categorías filosóficas. Bello sostendrá en su *Gramática*, como una tesis que orienta sus decisiones de carácter gramatical, el predominio idiomático del lenguaje por sobre las denotaciones racionales de las ideas. Al respecto afirma, "no debemos, pues, trasladar ligeramente las afecciones

¹⁴ Ver Andrés Bello, "Discurso de instalación de la Universidad de Chile", Obras Completas, vol. VIII, Santiago de Chile, 1995, p. 315.

¹⁵ Conservo la gráfica que ha sido medianamente respetada por sus editores, en un acto -como dicen- "facilitador" que termina por restarle fuerza a las innovaciones que introdujo Rodríguez en su libro. Ver Simón Rodríguez, *Sociedades Americanas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 5.

de las ideas a los accidentes de las palabras. Se ha errado no poco en filosofía suponiendo a la lengua un trasunto del pensamiento” (p.7 de la *Gramática*). Esta afirmación revela que Bello asume una opacidad o frontera entre lenguaje e ideas, un espesor que no permite homologarlos del todo. Al respecto dirá, “Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen” (Prólogo, p.12). Bello insistirá en varios de sus escritos en su respeto por la vida propia de la lengua, esto es, en una suerte de corporalidad, “fisonomía” o “idomaticidad”, que lo hace establecer la “gramática de un idioma dado” y no “una general”. Bello rechazará los caprichos, las castas de filiación dudosa y los neologismos; no obstante admitir la arbitrariedad del lenguaje. Es evidente en el autor de la *Gramática* una crítica a posturas lógicas (apriorísticas) y científicas del lenguaje.

Amado Alonso, introductor de Bello en la edición de la *Gramática* aquí citada, realiza un extenso estudio teórico acerca de este problema. Alonso, relaciona el lingüístico poético y vitalista de Bello con el pensamiento de Wilhelm von Humboldt, teórico del lenguaje de la modernidad que escribió un estudio titulado, “Sobre las diferencias estructurales del lenguaje humano y su influjo en el desarrollo espiritual de la humanidad”. Para Humboldt no existiría una estructura única y universal para la lengua, en ese sentido, las relaciones entre sujeto y predicado serían más históricas que lógicas. El “espíritu” del que habla Humboldt tendría diferentes caminos para manifestarse y conjugarse. Alonso también considera el apriorismo del lenguaje sostenido por Husserl y lo contrasta con los postulados de Humboldt y Bello, rescatando una base común entre estos últimos.

Bello se refiere a aquella dimensión idiomática de la lengua mediante metáforas que aluden a elementos “vivos” y, por lo mismo, cambiantes. Asimismo, el aspecto físico de las palabras es aludido por la metáfora del “color”. Las palabras tendrían un “color”, suerte de “tinta” que “tiñe” a las ideas que quieren expresarse a través de ellas. La organicidad del cuerpo vivo, la autonomía de sus movimientos, al igual que la rebeldía de una “lengua-tinta”, son metáforas sensibles acerca de las cuales cabría detenerse para interrogar el ideal de transparencia, de invisibilidad de la lengua, en el que se funda el racionalismo logicista y científico del discurso.

De modo análogo, el *racionalismo sensualista* de Rodríguez es más *social* que lógico, de allí que esté plagado de metáforas corporales que en todo momento se oponen a una gramática pura. Frente a sus consideraciones acerca de la oralidad, la que aparece escenificada en un soporte “declamatorio” cuyo fin es expresivo, vivaz; la escritura, en cambio, aparece “muerta” al momento de buscarla en el

diccionario, hasta no ser revivida o “resucitada” por la lectura. La letra escrita en el papel, su *tinta*, por así decir, es una suerte de epitafio al que cabe hacer revivir. El milagro de esta resurrección tiene en cuenta exclusivamente la “denotación”, un equivalente de la letra, un sinónimo adecuado. Cuando las palabras son inadecuadas puede aparecer el temido cuerpo “hueco” replegado en el alma de otro (el significado de otra palabra). La palabra en ese caso es un “disfraz” y, al igual que un cuerpo sin alma, no sería más que un “cadáver”.

El enjuiciamiento a la palabra “hueca” es una constante en sus escritos y esconde un inmoderado temor a la grafía inerte de las palabras. A la par de *huecas*, también es recurrente su metáfora de las “*baratas*” para referirse a discursos cuyas palabras se encuentran desfasadas de sus significados. Según Rodríguez, nunca se sabe el motivo de la aparición de estos insectos, destinados a ennegrecer los espacios, en este caso la hoja del papel. Las *palabras abundantes* lo remiten al *barroquismo* de algunos discursos públicos que no cobran vida porque coleccionan palabras carentes de ideas. En definitiva, es el *cuerpo muerto* el que se presenta *alborotado y negro* como efecto de su escisión. Pero no todo está perdido, ya que la difunta puede “*resucitar*” y recuperar su “alma” o, en menor grado, ser subrogada. Las superficies puramente epidérmicas son, para Rodríguez, equivalentes a señales sin denotación estable. Pese a este control de la significación, su pensamiento no convierte a la grafía en mera función operativa con la severidad que llegó a hacerlo el positivismo cientificista y luego el positivismo lógico.

En el contexto de esta compleja relación entre lengua y pensamiento, mencionaré de paso a los pensadores positivistas que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, desarrollan sus puntos de vista de la cultura y la política en función de leyes científicas cohesionadoras de la sociedad. Tales posturas se desarrollaron antagonizando con las concepciones letradas y con las tendencias del modernismo que entienden al individuo y a su prácticas creativas desde la legalidad de una subjetividad independiente de la racionalidad del espacio público. Los modernistas más conocidos en Hispanoamérica son Rubén Darío, Amado Nervo, José Rodó y José Martí. El positivista chileno, Victorino Lastarria, con su fundación de la “Sociedad Literaria” en 1843 se propuso tratar temas de filosofía, literatura y de la historia en vistas de la difusión del ideario liberal. El cometido político de la literatura y de la letra comprometía a los novelistas a escribir para formar buenas madres de familia y buenos ciudadanos. Sin tales exigencias la literatura podía caer en el sentimentalismo y la afectación

personal. Luis Oyarzún desarrolla parte de este antagonismo en su libro acerca de Victorino Lastarria.¹⁶

La desconfianza que despierta el lenguaje en los autores positivistas, será discutida al finalizar el siglo XIX por Rodó en *Ariel* y Martí en *Nuestra América* y en su pequeño escrito, "El castellano en América", entre otros. Ambos recuperan, aunque de distinto modo, los avatares de la lengua; sus leyes, más allá de la razón y de los fines instrumentales de la sociedad industrial, modelo que es vehiculizado por Inglaterra y los Estados Unidos.

En el caso de Martí, la palabra hablada o escrita en América debe hablarse, según afirma en "El castellano en América", "como manda la razón y como sea la lengua"¹⁷. Diez años antes, Martí había escrito un elocuente prólogo para el Poema del Niágara del venezolano Perez Bonalde(1882), en el que de modo más nítido revela el "estilo" moderno de su pensamiento y su forma modernista de escritura. En este prólogo pone en práctica su modo de percepción de la modernidad, recogiendo en su rítmica las inseguridades, los giros "mudables" y el "desmembramiento" de la "mente humana", como él dice, sobre la que repercute una sociedad vertiginosa y unas "harto confusas" instituciones nacientes. La originalidad y desdén por los modelos de la tradición en *Nuestra América*, habrá de leerse desde esta impronta modernista y no debe confundirse con una vuelta a un arcaísmo que simplemente estaba ahí. Por el contrario, la originalidad consistirá en "sacar de sí", como los insectos, la "magnífica tela"(p.337 del Prólogo). El "sí" del que se habla es el sí de un deseo que se despliega, "florece", se "contagia" y "esparce"(p.340). Ese cuerpo titubeante es el de las ocasiones que requieren de un *estilo propio*, de un *vestuario* que no debe confiar en "la ropa del vecino". Cuando habla del castellano de América, Martí juzga con severidad aquellas formas de usar la lengua equivalentes a las ropas "de maniquí" o aquel tipo de confección en "molde". Las palabras son aquí "trajes" bien o mal cortados, sombreros, faldas que dejan las piernas al aire y que visten un cuerpo en movimiento.

Las oposiciones entre "tinta" e "invisibilidad", "cuerpo" y "alma", diferencias mencionadas por Bello y Rodríguez y Martí, anticipan el vocabulario de F.Saussure. En su *Curso de Lingüística general*, dicho autor caracteriza al "signo" en tanto que unidad arbitraria de concepto e imagen acústica, oposiciones que rotula también de significado y significante. Saussure ha sido especialmente criticado en su forma de estimación instrumental dada al significante, reducido a vehículo, transporte material del significado. En relación al debate sobre los modos

¹⁶ Ver Luis Oyarzún, "Arte y literatura, en *El pensamiento de Lastarria*, Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile, 1953.

¹⁷ José Martí, "El castellano en América, *Obras Escogidas*, Tomo II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992, p.279.

de relación entre pensamiento y lengua, cabría pronunciarse acerca de dicha jerarquía que repite el gesto de sometimiento hacia el soporte material de la palabra (significante), sublimando el contenido (significado) y dejando a la escritura en el lugar del significante representativo, equivalente a la definición aristotélica que la entiende en términos de símbolo de de las palabras “emitidas por la voz”¹⁸.

4. Resucitación o muerte. La “patria” de las lenguas madres

Retomo el tema del *estilo propio* del que habla Martí, el de la “elegante soltura”. Aquel que Martí opone al ostentado por las “jergas” homogeneizadoras, remendadas con retazos pintarrajeados, borrones y remilgos. Al igual que Rodríguez, el sentido incide en los modos de decir o de escribir. Aunque, en esta ocasión, dicha remisión establece un vínculo entre la “lengua corriente” y la “castiza” que busca un estilo en vistas de un de un asunto que requiere concisión o musicalidad. De este modo, o se apela al entendimiento o bien a la sensibilidad. La ley de esos estados en que comparece la lengua en situación de “lanzas”, “marcas a fuego” para practicar la memoria, o de “mazos” cuando se quiere caer sobre las palabras de un tirano; es la de la “acepción”. En este caso, ya no es un alma en busca de un cuerpo; el binarismo referencial se mantiene; pero, ahora, es un cuerpo dinámico y móvil el que requiere de un vestuario adecuado.

Este es el estilo de escritura de Martí, admirado con vehemencia por Gabriela Mistral. En su fervoroso comentario, comparte la misma hostilidad a la imitación y llega a identificar esta actitud con una “marca” de Latinoamérica que deberíamos a nuestra extrema receptividad “atmosférica”. En cambio, la “originalidad” equivaldría a recuperar una dignidad, a un gesto de “escritor sin préstamo”. Por mi parte, agregaría que el escritor que se quiere “adánico” es también otra marca de la cultura latinoamericana que contribuye a su empobrecimiento.

Es curioso y molesto que la admiración de Gabriela Mistral hacia la originalidad de la escritura de Martí, la exponga bajo el signo de la “varonía”, por contraste con una “feminidad” que parece querer significar una tendencia a la imitación. Resulta problemático que involucre identidades de género para celebrar valores patriarcales en desmedro de los que se asocian a la feminidad; ello pese a que, en otros de sus escritos, invierte esta situación, poniendo lo femenino en una racionalidad “loca”, disidente e incomprensible por el sentido común de la

¹⁸ Ver Jacques Derrida, “Lingüística y gramatología”, en *De la gramatología*, Argentina, Siglo Veintiuno, 1997, p.40-41.

comunidad pública¹⁹.

En todo caso, la “intensidad” que le interesa recalcar a Mistral de Martí alude a la doble procedencia de las dos madres mencionadas anteriormente. Tanto la “ígnea” de la letra como la “terrestre” natal; pues -como dice- más que “doblarse sobre el diccionario”, acogerá tanto la lengua culta, como también la “pimentada” proveniente del pueblo²⁰. Esta última había sido proscrita por la racionalidad de procedencia europea. Las dos madres aludidas le permiten cumplir, en su propia lengua, las exigencias programáticas de su pensamiento político, a la par que aquéllas de sus exilio subjetivo, al que acude para su escritura poética.

Respecto de la *lengua pimentada* de la que habla Mistral respecto de Martí, Julio Ramos ha trabajado en los *Versos sencillos* (libro escrito por Martí en 1891) la ambivalente discursividad poética de la "nación" allí en juego, consolidada como un relato de recuperación del decir natal procedente de la “lengua materna”. Para identificar la dualidad de este discurso, Ramos toma en cuenta el lugar en donde Martí lo escribe, dado que fue producto de un doble exilio. Por una parte, este conocido escrito procede del exilio político que lo llevó a Nueva York, lugar que, como dice Ramos, encarna "las entrañas de la modernidad" que nos aparta con sus mediaciones de la presencia plena del origen. Por otra parte, la escritura poética de Martí se autoexilia de la vida pública²¹. El título de su primer libro *Ismaelillo* alude a la condición de “hijo natural” de Abraham, según subraya Ramos, quien parte al desierto al ser desplazado por el hijo legítimo. El abandono del lugar paterno por parte del escritor se relaciona con un deseo de ilegitimidad, con un fuera del espacio domesticado o racionalizado, del cual se sale no por coacción sino por la vía de un exilio deseado.

Martí sabe perfectamente que la modernidad problematiza la lengua de la tradición, su identidad plena, pero la metáfora materna, entendida como *natalidad* o *inicio*, parece entrar en lo que se denomina identidad no estatal. Sin embargo, la madre interpelada es una madre ausente, faltante. Es una muerta recordada que reaparece en la escena de la que había sido expulsada.

En este registro de la pérdida, escribe lo perdido desde la experiencia que la modernidad le permitió tener: la de las palabras muertas. Aquellas desechadas (ya

¹⁹ Acerca de la tensión entre sujeto disidente y espacio público en el que se instaló Gabriela Mistral, ver Soledad Falabella, “Mujeres, ciudadanía e historia: La (no) memoria de un espacio anterior: o como (no) recordamos a Gabriela Mistral”, en *Persona y sociedad*, Universidad Alberto Hurtado, N°2, agosto de 2003.

²⁰ Gabriela Mistral, “La lengua de Martí”, *Visiones chilenas de José Martí*, compilación de Jorge Benitez, 1995. p.21-28.

²¹ Ver Julio Ramos, “Trópicos de la fundación: poesía y nacionalidad en José Martí”, en *Paradojas de la letra*, Caracas, Universidad andina Simón Bolívar, 1996.

por el intercambio mercantil o académico) son las palabras que acaban en *restos*. El “alfiler de Eva loca”, hecho de oro oscuro, fue reemplazado por un embustero alfiler de “pasta” y de “similar”. Del mismo modo, Agar de tanto tener “la perla negra” que encuentra en un extraño bazar termina aborreciéndola y la tira al mar. Ambas escenas aluden a objetos muertos, desperdicios que la poesía recupera como letra sin destino.

Martí y Rodríguez se diferencian en sus consideraciones sobre la muerte. En el caso de Martí, la muerte de la lengua madre es irrecuperable. La escena en la que reaparece es la escena de lo que perdió su lugar de enunciación y la hizo enmudecer. A la inversa de la resucitación de la letra que es reconocida por Rodríguez como “epitafio”. En su caso, ella puede vivificarse cuando el desecho se reúne con el significado denotativo, singular encuentro que es posible en virtud del milagro de vincular letra y sentido en una misma unidad.

En el ámbito del despliegue de la razón occidental, Hegel identificó las figuras de lo negado por una violencia política en la lógica de escenas que se *repiten* en la historia universal. Esta aparición era posible en la medida en que son proyecciones de nuevas figuras históricas. La violencia que contraviene una ley, dirá en *El espíritu del cristianismo y su destino*, no mata, sólo destruye su fraternidad y el agraviado que ha sido tratado como extraño vuelve como fantasma para “aparecer en escena”. Es el caso de Banquo, asesinado por Macbeth, que reaparece como espíritu siniestro, en condición de ley hostil, creada por el destructor.²²

En Hispanoamérica, podría decirse que más que como extraña u hostil, la lengua que retorna como *muerta* es la que fue desplazada por la razón estatal. Su poder no es el de la alteridad; el elemento sacrificado no alcanza una conciencia plena que le permite reingresar al lugar de su expulsión, pero admite la poetización del residuo fantasmal que no encaja en ninguna parte.

Podría decirse que la historia es acumulativa cuando las escenas aparecen en el itinerario de una historia que absorbe el elemento extraño. Las narrativas de la reconciliación tienen al *todo* como finalidad. Sin embargo, la lengua que aparece en la poesía Latinoamérica por lo general es convocante de una escritura sepulcral que ya no busca su lugar dentro del sistema: se queda *fuera* de la ley de las palabras escolarizadas y prolifera en el mundo o “patria” de la muerte inolvidable que la lengua recuerda²³.

Este es un espacio escénico alternativo. A él han optado por ingresar con su escritura -además de José Martí que lo abre bajo el sello del exilio, lo mortuorio e inútil- Gabriela Mistral con su nostalgia del poder de la muerte administrado por

²² Ver Hegel, *El espíritu del cristianismo y su destino*, Buenos Aires, Juarez editor S.A., 1971, p. 60-61.

²³ Ver el poema *Vieja* de Gabriela Mistral, en *Tala*.

la sibila, la sacerdotisa y la machi²⁴. Pablo Neruda y Enrique Lihn también lo nombran, pero es constitutivo de César Vallejos y de Juan Rulfo. Este último, sin ser poeta, le pone el nombre “Comala” al espacio cuyas voces muertas se oyen débiles, lugar en que cuesta trabajo zafarse de esas manos inertes y de sus objetos inservibles, según escribe en su pequeño escrito, *Pedro Páramo*.

²⁴ Respecto de *Tala*, véase la lectura de Adriana Valdés, en *Composición de lugar*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1996.